

HACE todavía muy poco la práctica totalidad de la prensa española, el Gobierno y la llamada "izquierda responsable" coincidían unánimemente, con algunas diferencias de matiz, grado y tono, en considerar a la izquierda abertzale como una corriente política despreciablemente minoritaria, sin peso ni influencia política real en la población vasca. El pueblo vasco, se decía alegremente, tendría poco que ver con las opciones radicales nacionalistas de esa izquierda. ETA carecería de todo respaldo popular. El número de ciudadanos vascos que compartiría su ideario apenas superaría las exiguas cifras de los otros grupos izquierdistas extraparlamentarios. De acuerdo con estas previsiones, y a menudo haciendo gala de notable ceguera, se tendía a trastocar los términos del problema. Así, en vez de entender la eliminación del terrorismo vasco como algo supeditado a la resolución de la cuestión vasca, se entendía la cuestión vasca como resolución del terrorismo. Con lo que no se hacía otra cosa que enmascarar la realidad y hacer de los efectos causas. Que autonomizar, fetichizándolo, el fenómeno terrorista independientemente de aquello que lo originaba. Con todas sus consecuencias. Las que ya se están viendo.

Los resultados del referéndum constitucional no parece, tampoco, que hicieran cambiar de opinión. Es ya sabido la tenacidad con que las convicciones se aferran al alma. Pero el cuarto de millón largo de votos abertzales —sin contar los 235.000 del PNV, al fin y al cabo votos también, seguramente, independentistas— deberían hacer reflexionar sobre el alcance del problema. Un problema, por lo demás, que se ha querido conjurar mediante esa operación mental que los ingleses llaman *wishfull thinking*: tomar los deseos por realidades en vez de aprehender la realidad como es, aun cuando vaya en contra de los deseos. Y la realidad es aquí, se valore como se valore y aun cuando pueda espantar, que el nacionalismo independentista vasco, sin cuya existencia ETA no existiría, es hoy una realidad de masas. Todo lo demás es epifenómeno.

Sólo a partir de esta constatación puede empezar a entenderse la cuestión vasca. Sólo reflexionando sobre el hecho no ya político y económico, sino sociológico, psicológico e incluso psicoanalítico —el complejo paterno-materno— del fenómeno nacionalista, puede empezar a evaluarse con más justeza la situación. El horror ante el terrorismo no debe borrar la lucidez del juicio sobre sus causas.

Para empezar, hay que aceptar el hecho, históricamente verificable y muchas veces señalado, de la especificidad —aun dentro de la especificidad de cada una de las otras nacionalidades del Estado— del nacionalismo vasco. A diferencia de lo que ocurrió con el resto de las comunidades nacionales, Cataluña incluida, sólo la comunidad vasca —que en la Edad Media reconoció a los Reyes castellanos únicamente en la medida en que éstos, a través de los fueros, reconocían a sus entidades políticas el derecho al autogobier-

En estas condiciones, las de nuestra modernidad, justo en el momento en que se desintegran otros polos de sentimentalidad clásicos como la familia y, en cierto sentido, la religión, el patriotismo nacionalista puede suponer una cristalización afectiva a nivel de masas de extraordinario dinamismo y solidaridad.

Una realidad tal exige, por tanto, otros comportamientos distintos a los que el poder y los poderes, incluidos a veces los grandes partidos de izquierda, han venido generalmente mostrando. Pues atizar el antivasquismo —y hay muchas formas de hacerlo, como muchas formas hay de disimular el talante centralista— es algo más que estúpido: es suicida. Y exige, desde luego, otro ministro del Interior. Su

grosera torpeza es tanta que no merece comentarios. En cualquier caso, la aprobación del Estatuto de Autonomía por las nuevas Cortes, y sin descafeinar, es la mínima prueba de racionalidad democrática exigible. En la reciente campaña electoral, el diputado de Euzkadiko Ezkerra por Guipúzcoa, señor Bandrés, afirmó en TVE que la aprobación de ese Estatuto suponía, para el País Vasco, "el último vagón del último tren". Hay bastantes probabilidades de que la frase del señor Bandrés no sea sólo una metáfora. Aplicable, por lo demás, no sólo a Euzkadi.

Ciertamente, la aprobación del Estatuto no va a solucionar milagrosamente la cuestión vasca, el problema final del derecho a la autodeterminación. Pero es requisito *sine qua non* para situar a las partes en un terreno de juego en el que, al menos, puedan jugar: negociar. Entre otras cosas, porque la propuesta, razonable propuesta tantas veces repetida de que las medidas policiales sólo tienen sentido en el marco de unas medidas políticas, no está quizá justamente formulada. Sucede más bien lo contrario: que las medidas políticas sólo tienen sentido en el marco de una sustitución de las medidas policiales. En el marco legal de la sustitución de las medidas de la Policía estatal por las de la Policía autónoma vasca, de acuerdo con lo establecido en el artículo 17 del referido Estatuto.

A partir de aquí, y sólo a partir de aquí, se produce un mínimo de condiciones objetivas de racionalidad que oponer a la irracionalidad. Desaprovechada la oportunidad que la Constitución brindaba, esta es la segunda. Que asuman, quienes tengan que asumirla, la responsabilidad de que no sea la última. ■

¿LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD?

Francisco Díez del Corral

no— parece que no llegó a aceptar nunca el Estado unitario y centralizado surgido de la revolución liberal. Es probablemente a partir de este momento cuando comienza el proceso de desintegración —y consiguiente búsqueda— de su identidad. No vale la pena insistir, entrando en la historia más reciente, en la catastrófica frustración que la victoria y represión franquista han supuesto en esa desintegración y búsqueda. Lo fundamental es comprender, en las condiciones actuales y con esos precedentes históricos, el enorme voltaje emocional que el sentimiento nacionalista puede hoy generar y genera en el País Vasco. En efecto, ese sentimiento, la necesidad de nación, psicológicamente todavía oscuro, se produce y reproduce en un contexto ciertamente explosivo. En medio de una crisis económica que exacerba las tensiones con el poder central y las propias relaciones de producción del espacio vasco. Y en un mundo que, aunque en vías de internacionalización económica y homogeneización tecnoburocrática-administrativa, produce en todas partes, justamente por eso, manumisión y desprendimiento. Un mundo en que la pasión de la libertad, entendida como liberación de la autoridad y gobierno de los otros, ancla en lo profundo de las conciencias paralelamente al crecimiento, cada vez mayor, del sistema de jerarquía. Un mundo, en fin, donde el antiguo ideal revolucionario internacionalista, gastado y degradado por pactos y consensos, ha diluido esperanzas mientras sembraba disidencias, frustraciones y decepciones. Todo ello modelado en el otro terrorismo: en el de las totalitarias relaciones de poder que la sociedad neocapitalista destila por todos sus poros. El que mana de la violencia civil de la "sociedad del espectáculo".